¿Cómo se convierte la educación en un verdadero proceso de aprendizaje? Para responder a este interrogante, este texto reflexiona sobre tres puntos fundamentales: qué se aprende, cómo se aprende y cómo se expresa lo aprendido. Detalla, además, una serie de recomendaciones que son en esencia una invitación a la reflexión: evitar la desprofesionalización, revisar planes y programas evaluando lo comunicacional, jugar desde la comunicación y sobre todo, jugar el juego pedagógico porque en él se juega el aprendizaje.

CONSTRUIR LA IDENTIDAD PROFESIONAL

Comencemos por las cosas que son primeras. ¿Nos preocupa solo la enseñanza de la comunicación? "Sistema y método de dar instrucción. Ejemplo o suceso que nos sirve de experiencia o de escarmiento", dice el diccionario. Y sobre el verbo del cual viene la palabra: "Instruir. Dar advertencia, ejemplo o escarmiento. Indicar, dar señas de una cosa. Mostrar o exponer una cosa para que sea vista o apreciada. Dejar ver una cosa involuntariamente...".

¿Nos preocupa, entonces, cómo instruir, dar advertencia, ejemplo o escarmiento; cómo indicar, dar señas, mostrar o exponer cosas de comunicación? Los diccionarios suelen ir dos o tres décadas a la saga de cualquier presente, es sabido. Pero no pocas instituciones se comportan según sus propuestas. Si la enseñanza de la comunicación se agota en estas últimas no queda nada por discutir. Pero sucede que el modelo del diccionario campea en muchas de nuestras escuelas y facultades. Y corremos el riesgo de darle la razón desde las inocentes palabras utilizadas. El problema no es el de la enseñanza de la comunicación sino el del aprendizaje.

Dicho de otra manera: nuestro problema *es* la enseñanza de la comunicación porque la entendemos según lo quiere el diccionario y no en lo que consiste un proceso educativo: el aprendizaje.

Un ejemplo cotidiano: el docente da su clase, los estudiantes toman nota; la acción se repite una y otra vez. Por fin viene un examen y los jóvenes ofrecen prueba de haber aprendido. Entre las clases y la prueba ha sucedido algo, pero eso no es problema ni del profesor ni de la universidad. Ha sucedido el aprendizaje. A nadie le interesa si el alumno memorizó, investigó, copió... Nuestras escuelas se desentienden del sentido de la educación: el proceso de aprendizaje.

No vale la pena insistir en algo por demás denunciado: las clases expositivas, el método bancario. La comprobación es sencilla: en las aulas los estudiantes no aprenden casi nada. Y desconocemos cómo aprenden fuera de ellas.

Vieja obsesión, al menos mía: ¿cómo convertir el aula en un espacio de aprendizaje, cómo convertir la educación toda en un proceso de aprendizaje?

Me inicié en la docencia, allá por los 60, como maestro de escuela rural. Nunca disimulo mi orgullo de haber comenzado precisamente por ahí, por las cosas que son primeras. Me formaron en una escuela del magisterio (¡bonita palabra para nombrar a un maestro!) como quien forma a un actor: debes pararte de esta manera, debes gesticular de esta otra, debes mantener la atención centrada en ti. Leí años más tarde un folleto dedicado al uso del pizarrón, en la última página aparece el profesor al frente y los jóvenes lo miran víctimas de un encantamiento; alguien dice a su vecino "sus clases son un espectáculo". Para eso me formaron, para el espectáculo. Y tuve algo de suerte, porque hay quienes ni tal instrucción reciben. Y terminan, como dice por ahí la gente, por dar un pobre espectáculo. Buena parte de nuestra enseñanza se basa en el espectáculo, pero buena parte de éste no va más allá de un pobre espectáculo.

No es sencillo pasar de la enseñanza-espectáculo al aprendizaje o, al menos, a la enseñanza-aprendizaje. Renunciar al privilegio de ser el centro del proceso, renunciar a las ínfimas cuotas de poder que tal situación depara, es algo así como cambiar de piel. Ni siquiera eso, necesitamos una imagen más precisa: como cambiar de corazón, de alma. Conozco situaciones en las que la resistencia al más mínimo intento de orientar una institución hacia ese cambio ha provocado ruptura de antiguas amistades, luchas internas, despidos, por mencionar sólo lo más suave. De ínfimas (a veces miserables) cuotas de poder se trata y no es fácil renunciar a ellas.

Pero tampoco hay otro camino si sueña uno con vientos nuevos en esta tarea de acompañar a los jóvenes en su aprendizaje. En todo caso no se trata de qué enseño sino de qué aprendemos todos.

Sobre tres puntos fundamentales reflexionaremos en estas páginas:

→ ¿Qué aprenden nuestros jóvenes, qué aprendemos todos?
→ ¿Cómo aprenden, cómo aprendemos?
→ ¿Cómo expresan lo aprendido, cómo lo expresamos?

Lo comunicacional

Todavía en muchos de nuestros establecimientos estamos pidiendo permiso para existir. Todo el mundo identifica a un médico, a un abogado, a un arquitecto. Los comunicadores nos vemos obligados a explicar a cada rato quiénes somos y qué hacemos. Más difícil se vuelve esto cuando de comunicólogos se trata. Para ganar tiempo uno suele decir: soy periodista. O si no lo dice son los otros quienes dan con esa palabra.

Tenemos, y tendremos por largos años, problemas de identidad, simplemente porque estamos en medio de un riquísimo proceso de construcción de nuestro espacio profesional. Si ha habido un ámbito apasionante en los últimos treinta en

el quehacer universitario y en la sociedad toda (por su movilidad, por las búsquedas teóricas y metodológicas, por avances y retrocesos, por intentos de acercarse a una cambiante realidad) ése es precisamente el nuestro.

Pero no sólo la juventud explica nuestros problemas de identidad. Esta se construye día a día en una relación constante con aquello que has elegido de por vida como tu campo de trabajo, como buena parte de tu ser. Si quieres aprender comunicación se hace necesaria una relación continua, intensa, con lo comunicacional.

Palabra difícil esa última. Pida usted una definición y verá en el lío en que se mete. No es la intención de estas páginas. Más interesa preguntar:

¿Qué aprenden nuestros jóvenes?

Sin duda mucho más que en la década del 60, los años de la dulce ingenuidad. En esos tiempos nació una práctica muy presente todavía: la de enseñar sin las mediaciones hacia lo comunicacional. Al principio no había otro remedio, nadie sabía muy bien el alcance de los estudios y era fácil apelar a otros campos para llenar el nuestro. Por otra parte ¿a quién se le ocurre rechazar los aportes de otras especialidades? No a mí, juro. Pero hay una línea desde la que uno puede rodar hacia un espacio infinito, una línea a veces tenue.

Si, por ejemplo, incluimos en el plan de estudios una materia como filosofía es posible contar de antemano con todas las bendiciones. ¿Cómo los jóvenes no van a saber algo de las marchas y contramarchas del pensamiento en estos veinte y tantos siglos desde que Heráclito descubrió la fugacidad del tiempo y de los ríos? Bienvenida, pues, la filosofía. ¿Y sociología, no deberán saber mucho de ella? ¿Y psicología? ¿E historia?

Hace poco se abrió una carrera de comunicación. Para ahorrar recursos (es decir, para quitárselos a la formación de los jóvenes) se buscó una solución muy simple: filosofía será cursada en la carrera correspondiente, sociología lo mismo, psicología ídem, historia otro tanto. En la escuela quedaron las prácticas profesionales y algo de semiótica, porque no hubo de dónde tomarla. En muchos otros casos no hace falta corretear por toda la universidad, los profesores vienen y dictan (¡vaya término!) exactamente lo mismo que en todas partes.

Imposible aportar por ese camino a la construcción de la identidad. El aprendizaje se dispersa en mil pinceladas y lo comunicacional queda reducido a un treinta o cuarenta por ciento de la formación.

Entonces, ¿no más filosofía, sociología, psicología...? Reitero mi anterior juramento, nadie discute el valor de esas especialidades. Pero la tarea es trabajarlas desde el punto de vista comunicacional. Y no hablo por noticias, como solía decir don Simón Rodríguez. Es posible armar un curso completo de filosofía de la comunicación sin apartarse para nada de los héroes de la filosofía, es

posible leer a los griegos, a Hegel, desde nuestra especialidad, así como los arquitectos leen el Renacimiento desde la arquitectura.

⇒ Primera recomendación: evitar por todos los medios la desprofesionalización.

Un camino hacia ella pasa por la falta de mediaciones comunicacionales. O mejor, por una nula o pobre apropiación del aporte de otras especialidades desde la nuestra. Un diagnóstico puede echar luz en ese sentido. Si revisamos los programas de cursos y encontramos un alto porcentaje de temas trabajados sólo desde el campo específico que los origina, estamos en brazos de la desprofesionalización.

⇒ Segunda recomendación: revisar cuidadosamente los planes y programas de estudios a fin de evaluar la presencia de lo comunicacional en los mismos.

Tarea nada difícil. Lo complicado es intentar la profesionalización de nuestras carreras. Sin duda ya hemos caminado mucho en esa dirección. Pienso en experiencias y en materiales surgidos durante estas tres décadas, pienso en el aporte de los países latinoamericanos a la teoría y la práctica de la comunicación. Pero eso no agota de ninguna manera el esfuerzo. Además, son muchas las escuelas que continúan su trabajo como si ese aporte no existiera.

La construcción de la identidad comienza por los profesores. También en esto hemos avanzado mucho. Las escuelas se han alimentado de sus hijos y esa feliz relación incestuosa ha permitido contar con nuestros egresados al frente de numerosas asignaturas. Pero esto no ha garantizado automáticamente la construcción. Porque muchos profesores, formados en una identidad titubeante, no tienen por qué no comunicarla de la misma manera a sus alumnos. Algunos, a pesar de su título, juegan a sociólogos, psicólogos, semiólogos, filósofos. Y está bien, nadie prohíbe tales juegos, pero la tendencia a la desprofesionalización no desaparece.

Seamos realistas: no desaparecerá fácilmente. La construcción de la identidad profesional es tarea de todos. Cuando la formación es percibida sólo desde la óptica de la enseñanza la identidad no es problema para nadie.

Pero en la práctica es problema muy presente. Cuando no tienes identidad profesional, o la tienes pobre, no te queda mucho espacio para el autorreconocimiento. Juego interminable éste: nadie te reconoce como profesional porque tú no te reconoces, porque no eres dueño de las herramientas, los conceptos y las prácticas que te permitan ser, que te dejen avanzar en esa identidad.

Gloria Cuenca participó en un grupo de investigadores que en Venezuela preguntó por las carreras de mayor prestigio en la Universidad Central. En último lugar apareció educación, en penúltimo comunicación. Y todo esto con las

opiniones de nuestros propios estudiantes y profesores. ¿Cómo construir algo hermoso sobre la base de una descalificación, de una suerte de sentimiento de inferioridad?

Por la construcción de la identidad profesional pasa el camino hacia la ruptura de la percepción de nuestro espacio de trabajo como algo menor, como una carrera de segunda categoría ante las "serias" y las que "tienen futuro".

Si mantenemos la pregunta acerca de qué aprenden nuestros jóvenes, no queda otro camino que detenernos en el tema de la identidad profesional, que reconocerle su valor, su sentido. Es, en realidad, el único sentido de nuestra educación.

⇒ Tercera recomendación: jugar todos los juegos desde la comunicación, preguntar a las otras ciencias desde nuestro espacio.

El juego pedagógico

¿Cómo aprenden nuestros jóvenes, cómo aprendemos todos? Reitero: no es necesario insistir en la denuncia del sistema basado en la clase expositiva. Pero vale la pena recordar que, a pesar de décadas de denuncias, el mismo goza de excelente salud y al parecer no tiene ninguna prisa por salir de escena. Expuesto a una palabra en boca de un solo ser (palabra más o menos espectacular o más o menos tediosa) ningún mortal aprende gran cosa.

En 1982 hicimos en México una prospectiva del país al año 2000. Como es imposible un pronóstico sin diagnóstico revisamos los últimos 20 años de la educación, desde la primaria hasta la universidad. Pudimos comprobar que por México pasaron prácticamente todas las innovaciones educativas de este siglo, pero las mismas no alcanzaron ni al 10 por ciento de la población. El diagnóstico mostró con claridad un sistema anclado en la clase expositiva.

Y algunos intentos de cambio no siempre son muy profundos. "Muchos profesores, me escribe Hebe Roig desde Buenos Aires, creen establecer un método participativo dando bibliografía a los alumnos y esperando que en la clase surjan espontáneamente dudas y preguntas para establecer un debate 'democrático'".

Es decir, un sistema tradicional disfrazado de participación, porque de ninguna manera se sale del espacio de las clases o de los textos nimbados de prestigio.

En la práctica pedagógica la teoría es el método. Cuando éste falla, falla el proceso educativo. En el caso particular de nuestra especialidad el método tradicional, enemigo abierto de la comunicación, es un liso y llano contrasentido. ¿Cómo contribuir a la identidad profesional a través de una práctica opuesta a toda relación, a todo intercambio de experiencias, a toda expresión?

Agrego a este trabajo un documento, "El juego pedagógico", donde aparecen algunas alternativas para romper con la maldición del sistema tradicional. Retomo aquí unas pocas, a modo de ejemplo:

Mínimas sesiones expositivas.

> El trabajo pedagógico basado sólo en la exposición del docente produce de antemano una división entre el que sabe y el que no sabe. Alguien tiene un mensaje importante y otros quedan en la situación de escuchar. No negamos la posibilidad de alguna sesión de ese tipo. Pero cuando uno habla para 20 se desaprovecha la experiencia y la expresión de todos. De 21 seres sólo uno es activo. El concepto básico es aquí el de la construcción de conocimientos, y ello lleva al intercambio de experiencias y de conocimientos.

La puesta en experiencia

> Un trabajo pedagógico centrado en la experiencia de los participantes resulta mucho más rico que otro centrado sólo en conceptos. El método consiste en ir de las experiencias a los conceptos y de éstos a la experiencia para apoyarla. Además, la experiencia da lugar a nuevos conceptos.

Construir el texto

> Los textos son apoyos para el trabajo, no hacen por sí solos el acto pedagógico. Los textos son iluminados desde la experiencia de la gente y, en este sentido, todo proceso es de construcción del texto y no de simple aceptación.

Lo lúdico, la alegría de construir

> En tanto momento de encuentro, de trabajo en común, un proceso pedagógico da lugar a lo lúdico, a la alegría de construir experiencias y conceptos. No creemos en la pretendida seriedad de la educación, cuando se la confunde con una rígida presentación de teorías ya armadas, como un conjunto de datos por transmitir.

Partir siempre del otro

> Partir siempre de las experiencias, expectativas, creencias, rutinas, sueños de los demás. Es ese el punto de inicio de todo proceso pedagógico, y no una propuesta que vendría a iluminar la práctica.

Todo aprendizaje es un interaprendizaje

> La frase fue acuñada por don Simón Rodríguez. La clave pasa por lo compartido, por lo que puede ser aprendido de los demás. Resulta imposible el interaprendizaje si se parte de una descalificación de los otros. Es imposible aprender de alguien en quien no se cree.

No hay prisa

> Reconocemos en muchas experiencias educativas la neurosis del corto plazo; todo está planificado de manera de acumular datos a marchas forzadas. Un sistema semejante busca productos y no procesos, cierra los caminos a la reflexión y al compartir.

Esos puntos y otros incluidos en el documento anexo, ofrecen alternativas preciosas para construir la identidad profesional. Todo gira en torno del ambiente educativo. Este no existe cuando el proceso se centra en un emisor privilegiado, o en todo caso se convierte en una suerte de prisión con una condena terrible: la de soportar palabras sobre palabras, la de negarse a uno mismo la posibilidad de moverse, de analizar, de pensar, de dialogar.

Y no se nos traiga aquí el viejo argumento de la falta de recursos, de la cantidad de estudiantes por salón. Un ambiente educativo se construye debajo de un árbol o en medio de un desierto. Ninguna exageración, el ambiente depende de los seres y no de los recursos. O, en última instancia, los seres dan sentido a los recursos.

El método tradicional está enfermo de contenidos. "Basta con una gran verdad para llegar a la gente, no importa cómo la digas", decía un amigo en la década del 70. Puede ser, cuando se trata de un panfleto o de una pintada. Pero en nuestro espacio del aprendizaje la forma también educa. La forma del discurso, la forma de relacionarnos, la forma de rescatar la propia vida, la forma de expresarnos.

> "Dentro de un ámbito universitario que busca alternativas sociales, decíamos con Ana del Carmen Álvarez y Daniel Rivas en el documento de creación de la carrera de comunicación de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador, es preciso poner en juego alternativas pedagógicas. Ellas tienen que ver con los procesos de aprendizaje, centrados en una práctica permanente, en una expresión a través de distintos discursos y medios, en una salida a la realidad misma, a la calle, a fin de tomar contacto con diferentes procesos y situaciones comunicacionales.
>
> No se puede formar a alguien con alguna capacidad discursiva si se lo somete durante cinco años a clases magistrales. Lo mismo vale para la capacidad de investigar, de manejar medios, de moverse con soltura en nuestro campo.
>
> Las carreras de comunicación suelen aparecer en algunas universidades como un mundo extraño si se las compara con el resto de las salidas

profesionales. Es gente que se la pasa escribiendo, que anda preguntando cosas, que se va a hacer su práctica a alguna institución y por meses no aparece por la universidad. Es ese mundo el que interesa destacar aquí: la práctica discursiva constituye una riquísima práctica social y para lograrla hay que innovar los métodos pedagógicos".

En Centroamérica hay una gran avidez por recursos pedagógicos, como quedó evidenciado en los talleres organizados por FELAFACS, pero no siempre esa búsqueda de alternativas es compartida por todos los docentes. La consolidación de un cuerpo docente preocupado por aportar a la construcción de la identidad profesional parece ser una de las necesidades más claras de las escuelas de la región.

⇒ Cuarta recomendación: jugar hasta sus últimas consecuencias el juego pedagógico porque en él se juega el aprendizaje.

⇒ Quinta recomendación: construir en primer lugar el ambiente pedagógico, el espacio de encuentro sobre el cual será edificado el proceso.

La pasión por el discurso

Es ése el título de un artículo publicado en *Signo y Pensamiento* e incluido como anexo en mi libro *Diseño curricular para escuelas de comunicación.* Retomo un párrafo:

"Llamo pasión por el discurso a la capacidad de emocionarse ante sus formas, de sentir la fuerza del lenguaje, de crear y recrear imágenes, de reír con las palabras, de proyectar universos posibles e imposibles, de estallar en una metáfora imprevista, de encontrarse, de reconocerse en una expresión".

En términos nada sutiles acuso en esas páginas a los docentes de no apasionarse por el discurso y, por lo tanto, de no apasionar por él a los jóvenes. Corroboramos esto en el taller para profesores de Guatemala, El Salvador y Costa Rica. Cito algunos pasajes de la correspondiente memoria.

"La pregunta central fue: ¿cómo recuperar, generar, sostener esa pasión?

En esto tienen un papel clave el docente, la escuela y el sistema pedagógico en general. En efecto, si la creatividad se muere en el propio profesor es muy probable que los alumnos sigan el mismo camino. Por ejemplo, a menudo se asiste a la queja de que los periodistas se expresan mal, pero muchos de ellos han salido de nuestros establecimientos.

Se indicó el caso de la expectativa de muchos estudiantes en el sentido de que van a comunicarse mejor, pero esto con los años no se logra e incluso se adormece esa vocación. "Luego nos quejamos de que la gente no tiene vocación por el discurso".

Uno de los recursos básicos para llegar a nuestros pueblos es el del discurso, incluso cuando se trabaja por fuera de los medios en las relaciones comunitarias e interpersonales.

Se destacó que el discurso es la expresión misma de la persona, y no es sólo un recurso. Fue dado el ejemplo de la manera en que se expresaban hace años los campesinos salvadoreños, cuando hoy lo hacen de forma más fluida y libre. El discurso tiene que ver con el grado de alienación en que está la persona."

El argumento es muy sencillo: si alguien elige de por vida trabajar con el discurso y no tiene capacidad de expresarse con belleza y fluidez, se ha equivocado (o lo han) de espacio profesional. Algo así como pretenderse pianista luego de haber pasado cinco años frente al instrumento con las manos atadas.

La expresión, entonces, como un todo: la del docente y la de los estudiantes. Pero no el palabrerío vacuo, sino la expresión cargada de belleza y de sentido.

⇒ Sexta recomendación: Para la expresión cargada de belleza la práctica constante, la relación con nuestros autores más queridos, con la buena prensa, que la hay en nuestros países.

⇒ Séptima recomendación: Para la expresión cargada de sentido el aprendizaje de la propia situación, el intercambio de experiencias, el descubrimiento de los otros, de la cultura, del futuro.

Investigar y construir conocimientos

No hablo de la investigación como suele ser planteada en algunos círculos: todo el rigor científico, todos los especialistas, todos los recursos, todo el tiempo del mundo. Tampoco descalifico esta línea de trabajo, pero cuando de aprendizaje se trata el concepto debe ser sometido a una revisión. No planteamos, para la formación de nuestros jóvenes, la gran investigación, sino una práctica cotidiana, una actitud que habrá de acompañarlos toda la vida.

Un ejemplo:

En una universidad un grupo de estudiantes de las carreras de arquitectura y de comunicación hizo, por iniciativa propia, una pequeña investigación en una villa miseria situada en la ladera de un cerro. Se trataba de analizar el sistema de construcción y las relaciones entre los vecinos a fin de apoyar formas de

autogestión. Los jóvenes sacaron algunas conclusiones, por demás valiosas, y se fueron a la universidad a pedir ayuda. El entusiasmo de los profesores fue desbordante y de inmediato se puso en marcha un proyecto gigantesco de investigación, tan gigantesco que pasaron dos años en discusiones para llegar exactamente a nada.

La práctica cotidiana de investigación está directamente relacionada con la manera en que son planificados los sistemas de enseñanza aprendizaje y, por lo tanto, con la filosofía de una carrera, el perfil profesional y el diseño curricular. Hay establecimientos en los que la investigación como forma de aprendizaje está desterrada desde el comienzo. El sistema tradicional de educación la separa de manera tajante del aprendizaje, y en todo caso la relega a un par de materias (Métodos de investigación I y II, o algo así), cuando es un elemento que atraviesa, o debiera atravesar, todo el proceso.

La versión de la "gran investigación" sigue siendo dominante en nuestras escuelas. Todo lo que no se acerca a ella es percibido como falto de rigor y además flota siempre en el ambiente el argumento de que los jóvenes no están preparados. Los resultados están a la vista: a la hora de elaborar la tesis, muy pocos pueden resolver una tarea semejante, con lo que tenemos un enorme porcentaje de egresados no graduados en nuestros países.

Planificar pequeños eventos de investigación es una tarea sencilla, siempre y cuando se parta de una filosofía distinta de la que sostiene la clase expositiva. Investigamos la realidad. Pero este último concepto es vago en exceso. La realidad, como dice Juan Díaz Bordenave, puede ser una comunidad, un medio, un corpus de mensajes, una institución, un grupo... Sin esta precisión dejamos todo en el resbaladizo terreno de las vaguedades.

Me parece escuchar viejas objeciones: ¿qué pueden construir alumnos sin experiencia?, ¿qué pueden agregar a la ciencia? La medida "científica" suele hacer mucho daño cuando se la aplica para inhibir la creatividad, para crear fronteras inaccesibles, para mostrar un universo al que pueden acceder sólo unos pocos genios. Por lo demás, algún día tendremos que dar la discusión sobre el carácter puramente científico de la comunicación. Nuestra especialidad es teórico práctica y tiene tanto de ciencia como de arte. Pero dejemos ese tema para algún día.

Investigar no es sólo hacer ciencia, es aprender a preguntar a la realidad (y la práctica de la pregunta no es tan sencilla, requiere de un largo y continuo aprendizaje), es aprender a observar, a localizar, seleccionar, procesar y utilizar información, es lograr la capacidad de leer una región de la realidad desde diferentes horizontes de comprensión.

Estamos trabajando en esta última línea con Francisco Gutiérrez y Luis Tejada en un proyecto de reforzamiento académico en la Universidad Landívar de Guatemala. Dado un tema, cómo lograr una comprensión del mismo desde la cultura, la economía, el arte, la religión, la política, la vida cotidiana. Llamamos a

esa práctica de diferentes perspectivas o ángulos de mira. No es sencilla. En nuestro campo o estamos enfermos de una percepción rígida, desde un solo lado, o bien creemos con toda la ingenuidad del mundo que una lectura económico-política agota una región de la realidad.

El ángulo de mira privilegiado de nuestra carrera es el de la comunicación.

> ⇒ Octava recomendación: aprender a investigar comunicación, y aprender precisamente como práctica cotidiana del proceso de aprendizaje.

Vayamos de menor a mayor: una asignatura puede ser planificada sobre la base de la investigación. Insisto: la investigación como práctica de aprendizaje. Ello lleva directamente a plantear un programa abierto, sin información acabada, sin un conjunto de certezas dignas de ser transmitidas. Cuando el aprendizaje se centra en la investigación el proceso se desplaza desde al recepción a la construcción de conocimientos.

En cualquiera (y en toda) asignatura de nuestras escuelas puede ser planificada la investigación de la comunicación. Se puede hacer esta práctica en historia, en filosofía, en estadística, en psicología, en estilística, en semiótica, en literatura, en fotografía, en redacción periodística I, II, III y todas las demás...

Pasemos, entonces, a una escala mayor: un plan de estudios completo puede ser planificado sobre la base de la investigación. Tercera insistencia: investigación como práctica pedagógica. Empresa tampoco difícil, no es complicado coordinar esfuerzos de investigación entre asignaturas, núcleos en torno de los cuales gire el proceso. Pero la clave de un esfuerzo semejante pasa por una filosofía básica, por acuerdos mínimos entre los docentes, por una percepción del aprendizaje que supere los muros del sistema tradicional.

Buena parte de los problemas que nos ocupan derivan directamente de la falta de comunicación entre los docentes. Llevo más de 20 años en este espacio y conozco muy pocas experiencias de seminarios destinados a discutir una conceptualización mínima de comunicación, a llegar a acuerdos básicos sobre la concepción del aprendizaje, a coordinar esfuerzos entre las asignaturas o áreas de estudios. Y entonces los planes son vividos por los jóvenes en una suerte de experiencia esquizoide consistente en pasar de asignaturas comprometidas con alguna modalidad alternativa de aprendizaje a otras colmadas del más atroz autoritarismo; de vivencias riquísimas ligadas a la alegría de descubrir y de construir conocimientos, a otras donde un discurso tedioso es amo y señor.

Nuestros "cuerpos docentes" no suelen ser precisamente un cuerpo, sino una suma caótica de partes capaz de privar de estructura y continuidad al proyecto más ambicioso.

> ⇒ Novena recomendación: trabajar por todos los medios en la eliminación de la situación esquizoide de nuestra educación, a fin de

que los jóvenes vivan en un espacio de aprendizaje coherente y creativo.

El perfil profesional y el currículum.

Escribí hace unos años, palabras más palabras menos, estas líneas:

> A nadie se le ocurriría plantear un objetivo como el siguiente:
>
> Al finalizar su carrera los estudiantes serán incapaces de expresarse correctamente y de construir un mensaje con alguna coherencia.
>
> Ni tampoco este otro:
>
> Al cabo de cinco años el establecimiento habrá destruido toda capacidad de trabajo, toda creatividad y entusiasmo en los estudiantes.
>
> Y así sucesivamente.

A nadie se le ocurriría semejante atrocidad. Por eso los objetivos de carrera están llenos siempre de bellas aspiraciones, como si quedara uno capacitado para conquistar el mundo. Y tiene que ser así, sin duda.

Pero si he introducido ese tema se debe a que el problema del aprendizaje está planteado desde la formulación de la filosofía básica de una institución. Y todo el mundo sabe que la misma se concreta en el perfil profesional. Lo que no está reflejado en él no aparece en el plan de estudios ni en la formación misma.

De otra manera: la opción por el aprendizaje, por la libertad de nuestros jóvenes, por el aliento a su creatividad, es una de las primeras en todo establecimiento educativo; una de las primeras para negarla o para proponerla. Basta leer el objetivo inicial, basta asomarse a las propuestas del perfil para reconocer en un establecimiento su opción por un sistema tradicional u otro alternativo.

Muchas veces se ha confundido lo alternativo con la preferencia por determinado ámbito profesional, por la comunicación popular, por ejemplo. Pero lo alternativo en cualquier establecimiento pasa en primer lugar por el sistema de enseñanza-aprendizaje, si éste no se diferencia del tradicional será difícil soñar con un enfoque profesional distinto. "No se puede ser, dicen en México, vegetariano hacia afuera y caníbal hacia adentro". O, como en Guatemala, "candil en la calle, tinieblas en la casa".

Cualquier salida hacia alguno de los espacios profesionales llamados emergentes requiere de una transformación en la manera de hacer educación. Y para eso es necesario partir de las cosas que son primeras: de la filosofía básica de la institución, de su percepción de la comunicación y de la sociedad.

Dicho de otra forma: no se puede aspirar a un mejoramiento de la educación si no se pone en claro la percepción de quienes conforman el cuerpo docente y la orientación básica de la escuela. Si no cambia ésta difícilmente cambiará el proceso que nos ocupa. Podremos plantear bellas aspiraciones, pero como la base se orienta a una educación tradicional al poco tiempo volveremos a recaer en ella.

Casi siempre hemos entendido la renovación curricular como una reorientación de los contenidos de las asignaturas y del alcance de la profesión. Pero un cambio pasa necesariamente por las modalidades de enseñanza aprendizaje.

⇒ Décima recomendación: partir de acuerdos mínimos sobre el perfil profesional y el currículum, tomando en consideración que desde ellos se pone en juego toda la filosofía de una carrera, toda su línea ideológica.

Espacio profesional tradicional y espacio profesional emergente

Recuerdo las discusiones en los 80 en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, en México, sobre los espacios profesionales tradicionales y emergentes. Trabajábamos con Oscar Chávarri un documento para orientar el perfil de las carreras de diseño (arquitectónico, industrial y gráfico), tomando en cuenta las alternativas profesionales que se abrían por entonces. Argumentábamos que los viejos métodos pedagógicos habían servido, mal que bien, para las antiguas salidas profesionales; pero si quieres abrirte a un espacio profesional como el de las organizaciones no gubernamentales por ejemplo, no llegarás muy lejos con estudiantes formados al monótono compás de la clase expositiva.

Cuando se está hablando de alguien capaz de acompañar procesos, de hacer diagnósticos, de leer espacios, objetos, mensajes masivos y comunitarios; cuando se piensa en verdaderos planificadores de la comunicación, no es posible confiar la formación a palabras de ida y vuelta, al registro pasivo de una información envejecida.

El reconocimiento del campo profesional emergente nos había llevado directamente a la discusión sobre los sistemas de enseñanza-aprendizaje.

A ocho años de aquella rica experiencia pienso que ningún campo profesional se merece la oferta de egresados formados en el método tradicional. Pienso que ningún campo envejece tanto como para abandonarlo, que lo comunicacional es demasiado complejo como para decir esto sirve y aquello dejó de servir. Pienso que lo emergente es en nuestra especialidad un proceso de enseñanza-aprendizaje alternativo capaz de preparar a los jóvenes para moverse con profesionalismo en los nuevos espacios de trabajo y para rejuvenecer los viejos.

¿Cómo enseñar y aprender comunicación para trabajar en un periódico? ¿Cómo enseñar y aprender comunicación para trabajar en el espacio de las organizaciones no gubernamentales? Exactamente de la misma manera: enseñar y aprender en libertad, enseñar y aprender investigando y construyendo conocimientos; enseñar y aprender abriendo caminos a la expresión; enseñar y aprender en la alegría y en la creación. Lo demás son especificaciones de contenido, énfasis en tal o cual tipo de recursos. Y, cuidado, no se tome la expresión "lo demás" en sentido despectivo. En comunicación no hay nada in-significante, pero primero las cosas que son primeras.

El último párrafo sin duda constituye una percepción extrema. No es igual formarse para trabajar en un periódico que hacerlo para desarrollar programas de comunicación institucional. Hay áreas de especificación muy claras, nadie lo discute. Pero el primer deber de un comunicador es saber comunicar, el segundo es saber leer, investigar comunicación, y el tercero es saber abordar la realidad desde su profesión. De otra manera, para decirlo desde los jóvenes, el primer derecho es a saber comunicar, el segundo a saber leer, investigar comunicación, el tercero a saber abordar la realidad desde su profesión. Y con esa base todo lo demás, todas las especificaciones hacia lo tradicional o lo emergente.

Seamos prudentes con esa última afirmación. La base es todavía más amplia. Reitero acá propuestas hechas a comienzos de los ochenta.

- → Capacidad de expresión.
- → Capacidad de análisis de mensajes.
- → Conocimiento de la situación social en que se vive.
- → Capacidad de realizar diagnósticos comunicacionales.
- → Conocimiento de la estructura y funcionamiento de los distintos medios de comunicación, con sus implicaciones económico-sociales y sus posibilidades de uso.

A diez años de esas palabras puedo reiterarlas con toda pasión. Añado las que seguían:

> "No es casual el hecho de que haya colocado en primer término la capacidad de expresión. Quiero proponer a ustedes la recuperación de una palabra que dejamos de lado a medida que nos fuimos alejando de la práctica. Me refiero al término oficio. Me refiero al *oficio de expresarse,* con todas las implicaciones que esto tiene en sentido tradicional. Un oficio sólo se adquiría por la práctica, por la sostenida y cotidiana práctica. En periodismo, en comunicación, la inspiración pasa pronto y la práctica queda. Y en ese campo el tiempo perdido es irrecuperable" (Tomado de "Las escuelas de comunicación ante las necesidades sociales", *Educación y comunicación,* CIESPAL, Quito, 1983.)

Por esos caminos pasaba para nosotros lo emergente. En Centroamérica se viene avanzando en opciones alternativas, en especial en la línea de planificación de la comunicación. La Universidad de Costa Rica y la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, de El Salvador, han abierto ese espacio de especialización a los estudiantes. En la Universidad San Carlos de Guatemala está en preparación una reforma curricular a fin de dedicar una línea de formación hacia la comunicación institucional, en especial a las organizaciones no gubernamentales. El interés por ese tipo de orientación esta presente en otros establecimientos, aun cuando se requiere para avanzar un esfuerzo de diagnóstico de las necesidades comunicacionales y de las posibilidades de la institución para afrontar la nueva formación.

No es casual que en un área del continente como la Centroamericana se estén produciendo estos cambios en el currículum. La realidad llama a las puertas de los establecimientos y no es posible ignorar demasiado tiempo ese llamado. Pero lo importante es que se está trabajando sin precipitaciones. Hace unos años los cambios curriculares corrían a la velocidad de las innovaciones. Recuerdo algunos casos en los que se apresuró la creación de especialidades en comunicación alternativa. Lo alternativo está en primer lugar en la sociedad y uno puede apoyar desde su profesión esos procesos. Pero llamarse especialista en comunicación alternativa bien puede constituir un acto de soberbia. En todo caso, no formamos comunicadores alternativos, sino a lo sumo podemos formar comunicadores de manera alternativa.

Distingamos, pues, con toda claridad, entre profesiones emergentes y sistemas de educación emergentes. Cuando éstos se hacen realidad en nuestras escuelas estamos preparando a nuestros jóvenes para afrontar los desafíos de aquéllos.

⇒ Undécima recomendación: forjar una práctica alternativa de la comunicación desde la alternativa pedagógica.

La pedagogía universitaria

La práctica pedagógica constituye uno de los problemas más graves de la universidad latinoamericana y nadie tiene en la actualidad una solución a la mano. Nuestras escuelas forman parte de esa realidad: profesores a ratos, por horas, bajos sueldos, escasos recursos, aulas colmadas de estudiantes. Y, sin embargo, hay instituciones con docentes a tiempo completo, buenos sueldos, muchos recursos y grupos pequeños de estudiantes, que tampoco han podido solucionar esa práctica.

En realidad no habrá nunca una solución. La práctica pedagógica constituye un espacio de poder y éste ha sido jugado de distintas maneras a lo largo de siglos. Un acercamiento a la historia de los pedagogos nos permitiría reconocer esa lucha entre un poder casi sin límites en manos de la institución y del profesor y un intento de compartir, de abrir el proceso a la participación de los estudiantes.

Pienso en aquello de letra con sangre entra y en el método socrático, "el arte del buen partero". Pienso, desde nuestra América Latina, en la pedagogía de don Simón Rodríguez, en las propuestas de Paulo Freire, en experiencias con sectores indígenas, como las del Instituto Santiago, en Guatemala. Pienso en "El elogio del seminario", de Roland Barthes.

A todos nos impactó mucho en estos días el filme *La sociedad de los poetas muertos*. Aparece en él con toda claridad esto que trato de expresar: una típica situación educativa donde la corriente pasa por las amenazas y el método expositivo frente a una alternativa que ni la institución, ni la sociedad, pueden tolerar.

La película me impactó también mucho, pero no pude dejar de lamentar el hecho de que nos enteráramos de una pedagogía distinta a través de una obra realizada fuera de nuestros países, en los cuales las experiencias han sido y siguen siendo riquísimas. A don Simón Rodríguez casi le costó la vida su intento de transformar radicalmente la enseñanza y el aprendizaje en la Bolivia del siglo XIX.

De todas maneras, ¿por qué el personaje del filme, por qué tantos docentes eligen un camino distinto? Es mucho más cómodo, y seguro, continuar en la rutina de las palabras reiteradas ante auditorios mudos.

La dificultad que tenemos para cambiar viejos hábitos de enseñanza no se relaciona sólo con la falta de tal o cual recurso metodológico; tampoco es cuestión de consejos o de materiales oportunos. No niego, por supuesto, el valor de todo eso, pero una pedagogía alternativa constituye una opción personal ante la que poco y nada podemos hacer con denuncias o apelaciones a un deber ser ideal. Elegir el método expositivo es elegir el tedio, la ausencia de creatividad, la alegría de descubrir y comunicarse. El sistema expositivo empobrece al auditorio, es sabido, pero empobrece también al expositor. Una rutina de días, años termina por envejecer cualquier discurso y a cualquier discursero.

No enjuicio a nadie con esas afirmaciones. La pasión por enseñar y aprender resulta más bien excepcional en nuestras universidades. El maestro, "aquella figura ejemplar, capaz de despertar la curiosidad de los alumnos por su entorno, ampliando su percepción del mundo a través de la pasión para crear mundos nuevos y la capacidad de formarles el deseo de conocerlos...", no es muy común en las escuelas y facultades de comunicación, afirma Carlos Cortés ("Maestros, profesores y enseñadores", *Signo y Pensamiento,* No. 14, enero-junio 1989, Bogotá). A decir verdad, se queda corto, no es muy común en el campo de la enseñanza universal.

Todo lo propuesto en este documento pasa por opciones fundamentales a las que sólo podemos aportar algunas experiencias, algunos sueños y muchas esperanzas.

Síntesis

Reitero todas y cada una de las recomendaciones:

1. Evitar por todos los medios la desprofesionalización.
2. Revisar cuidadosamente los planes y programas de estudios a fin de evaluar la presencia de lo comunicacional en los mismos.
3. Jugar todos los juegos desde la comunicación, preguntar a las otras ciencias desde nuestro espacio.
4. Jugar hasta sus últimas consecuencias el juego pedagógico porque en él se juega el aprendizaje.
5. Construir en primer lugar el ambiente pedagógico, el espacio de encuentro sobre el cual será edificado el proceso.
6. Para la expresión cargada de belleza la práctica constante, la relación con nuestros autores más queridos, con la buena prensa, que la hay en nuestros países.
7. Para la expresión cargada de sentido el aprendizaje de la propia situación, el intercambio de experiencias, el descubrimiento de los otros, de la cultura, del futuro.
8. Aprender a investigar comunicación, y aprenderlo precisamente como práctica cotidiana del proceso de aprendizaje.
9. Trabajar por todos los medios en la eliminación de la situación esquizoide de nuestra educación, consistente en la alternancia de algunas sesiones participativas y muchas otras tradicionales, a fin de que los jóvenes vivan en un espacio de aprendizaje coherente y creativo.
10. Partir de acuerdos mínimos sobre el perfil profesional y el currículum, tomando en consideración que es desde ellos que se pone en juego toda la filosofía de una carrera, toda su línea ideológica.
11. Forjar una práctica alternativa de la comunicación desde la alternativa pedagógica.

Estas recomendaciones son apenas una invitación a la reflexión. Las opciones suelen ser personales e intransferibles.

Daniel Prieto Castillo
1995